

mos igual limitación, pues que, salvo Torrejón de Velasco, San Martín de Valdeiglesias y Cadalso, no aparece por esta parte ningún otro lugar capaz de merecerlos. Contando, además, con que los tres recintos aludidos debieron ser, como sus respectivos castillos y palacio lo enseñan, obras del siglo XV y que las defensas de Cadalso y San Martín, unidas a la «mota» de Navas del Rey, corresponden ya a lo que podríamos llamar sistema toledano o del Alberche, por transcurrir por allí la única vía importante de comunicaciones del noroeste de la Península.

Todo hace, pues, ver que la parte occidental de la provincia de Madrid no alcanzó en el orden estratégico la importancia de las amplias y llanas vertientes del Henares, del Jarama y del Tajuña, porque su relieve orográfico excusaba la extremada defensa y atención que éstas necesitaban. Por ello y frente a aquellas fortalezas que fueron Buitrago, Alcalá la Vieja, Santorcaz, Chinchón, Casasola o Fuentidueña, para no citar sino a las más destacadas, no hay aquí nada que pueda oponerse ni siquiera aproximarse, pues que todas sus construcciones fueron constituídas, cual veremos, alrededor de una torre o se levantaron ya en fechas muy rebajadas, cuando la fortificación en estas comarcas no tenía otra razón de ser que la de representar a los dominios exclusivamente señoriales

Las obras o monumentos que hoy podemos conocer y visitar consisten en las torres de Pinto y Arroyomolinos y en los pequeños castillos de Villafranca, Villaviciosa de Odón, Torrejón de Velasco, Batres y San Martín de Valdeiglesias. Añadiremos también el célebre palacio de Cadalso de los Vidrios aunque de la obra medieval no quede ya resto alguno, si bien por sus caracteres artísticos, por desgracia hoy harto amenguados, merece igualmente atención, como las ruinas de los monasterios de Pelayos y de Guisando.

Arroyomolinos y Pinto fueron y son unas simples torres señoriales elevadas en los finales del siglo XV, que, contra lo que comúnmente se cree y tanto se ha divulgado, no tuvieron jamás recinto alguno. La «fortaleza» de Pinto, tan unánimemente citada por todos cuantos se refirieron a sus destinos de prisión, única historia que tiene, forma una de esas tradiciones ancladas que llegan a sorprender a autores tan sólidos como Marañón, quien, en su notable y documentada obra sobre Antonio Pérez, cree también en la existencia del castillo. Madoz cita, por su parte, al «castillo feudal, del que sólo se conserva un torreón», y estos dichos han sido y son continuamente repetidos, sin ninguna otra base documental ni constructiva que la tra-